

rio, en realidad una *nouvelle*, una prosa poética fascinante. Esa es la parte suya que más me interesa.

—*María: año 1981 y dos actitudes. Cortázar en el Centro Cultural de la Villa de Madrid y aquel texto suyo sobre el poder de las palabras; y Borges, quien clamaba por «cien años de dictadura militar», mientras desaparecían miles de personas en Argentina.*

—Sí, pero Borges también estaba muy comprometido con lo que él pensaba.

—*¿Qué pensaba?*

— Pensaba lo que publicó, dijo, se discutió, se le criticó y por lo cual se lo sigue criticando, a diecisiete años de su muerte. Pero él había creído que aquello era lo mejor. Lo que él sintió, lo sintió. Y cuando vio que no funcionaba lo que él había defendido, cambió. Es decir: no era rebaño ni era hipócrita. Era coherente y nunca se traicionó, no medró, ni coqueteó con unos u otros para conseguir cosas. Y eso me parece extraordinario.

—*¿Usted coincidía con sus opiniones?*

—No, diferíamos mucho y discutíamos. Pero lo admiré porque fue honesto.

—*Fue por influencia suya que él recibió después a las Madres de Plaza de Mayo y se conmovió con ellas?*

—Las recibió, pero no sé si yo influí. Sólo le dije que soy pacifista y que lo peor que hay es utilizar el poder para el mal.

—*Ahora hace usted una reedición de su obra, que incluye textos dispersos en diarios y revistas. El mundo se lo agradecerá...*

—Mire... yo creo que será importante para profesores, estudiantes y escritores, porque la obra de Borges es una lección de estilo. Permitirá ver el revés de la trama de lo que siempre hizo él: la reelaboración permanente, sobre todo de su obra poética.

—¿Publicará «Los salmos rojos», que Borges escribió a sus diecisiete años y enamorado entonces de la Revolución Rusa?

—No. A los veinte años Borges destruyó el libro donde está ese poema, porque al principio creyó que la revolución bolchevique elevaría el conocimiento y las condiciones del pueblo. Pero cuando vio que los jerarcas de entonces querían ocupar el lugar de los zares, cortó con esa ideología. Para siempre.

—Pero «Los salmos rojos» se publicó en la revista Grecia y en alguna otra de España...

—Sí, y en un periódico de Ginebra. Pero lo único que quedó fue el poema «Los salmos rojos», que daba título a la obra; y lo que quedó... eso sí está.

—¿Alguna vez lo vio llorar?

—Sí, cuando conocí el original de la «Victoria de Samotracia», lloré de emoción, y Borges lloró conmigo. La visión de esa escultura en un libro fue la primera lección de estética que me dio mi padre.

—¿Cuándo lo oyó reír?

—Muchas veces. Mire... a mí me gusta mucho nadar, montar a caballo y bailar. De niña estudié danzas clásicas, después empecé flamenco, y con mis amigos bailo rock, salsa... todo eso. Y cuando Borges me acompañaba a mis clases de baile griego, se divertía mucho porque —como todos los alumnos se iban a hablar con él— mi profesor le decía que yo me hacía acompañar por Borges para gozar de unas «clases particulares».

—Tiene usted una cultura vastísima y sigue estudiando...

—Sí, adoro estudiar. Me serena. Y escribir es para mí como un jardín secreto. Fijese que Borges decía que soy como el ojo del huracán: serenidad y silencio cuando todo se arremolina a su alrededor.

—Y eso le gustaba de usted. ¿Qué más?

—Mi relación lúdica con la vida, que él no había encontrado más que en su abuela inglesa, aunque yo creo que el lúdico era él. Pero... después de su muerte, quedé durante mucho tiempo como recortada en un centro de silencio y me sentí en la mira telescópica. Porque si bien el amor de Borges me protegió, lo que ese amor despertó en otros me dejó a la intemperie. Y fui acosada, perseguida y hostigada, aunque no por todos; y sufrí, pero gracias a los horrores, descubrí en mí un centro de equilibrio. Entonces entendí las palabras místicas de Dante, cuando en el Paraíso —en referencia a Dios— dice: «El amor que mueve el sol y las estrellas».

—*Amor sublime el de ustedes, pero, ¿y la cotidianeidad...? ¿Dónde convivieron, un misterio para tantos?*

—En mi casa, y tomábamos el desayuno, con aroma a café y a naranjas, en algún bar. Yo no lo preparé jamás, porque no sé cómo hacerlo ni quise aprender.

—*¿Y cuándo descubrió usted que él era «su» hombre?*

—Me di cuenta... en un avión, donde pasó algo muy especial que me hizo sentir «eso», pero... no se lo dije. Bueno, por favor, no me pregunte: esto es mío.

—*Contarlo la humaniza...*

—Mire ... nos pasó como en la historia de la mayor de las hermanas y de su muchacho, en la película *Sensatez y sentimientos*. Todo era tan victoriano al principio, como la contención primera entre Borges y yo.

—*Y como en la película, ¿hubo después un estallido pasional?*

—¡Ah, no!... del estallido no hablaré: es mi autobiografía com-préndame.

—*¿La complicidad entre ustedes hacía que él le diera a leer sus textos?*

—Sí, él era muy personal y me decía, por ejemplo: «Vea, María, vamos a cambiar esta palabra», y luego ... «¿O usted prefiere la otra?»

Si yo le decía «la otra» o «ésta», él me decía: «¿Por qué?» Entonces yo le explicaba mis razones y él contestaba: «Bueno, voy a pensarlo». A veces aceptaba, y otras veces me decía: «Usted tiene razón, pero yo prefiero ésta». Éramos muy libres.

—Él, *emocional y racional a la vez. ¿Cómo era esa dicotomía?*

—Esa es, justamente, toda la fuerza de su vida y de su escritura. Con la sola emoción, no habría logrado esa precisión del lenguaje.

—*A ustedes les gustaban mucho Thomas De Quincey, Emily Dickinson...*

—...Y Kipling y «La balada del Oriente y el Occidente». Y John Donne, quien consigue un ritmo y una musicalidad en cada verso...

—«Música», *me dice ... ¿como la que usted, según me contó en otra ocasión, siente en el desierto?*

—Sí... ese sonido de notas lejanas, o el de la arena cuando algún animalito la agita a su paso. O el del mar, tan potente, que parece que, de pronto, diera la vida; acre a veces y fuerte; también tiene el olor de un animal y también tiene música.

—*La música, que parece unir cielo y tierra...*

—¡Sí! Y puede desarmar las pasiones más negativas. Recuerdo *El silencio*, de Bergman, donde dos hermanas —dentro de un hotel— se aman, se odian y se gritan. Ni siquiera reparan en la música de la radio. Pero entra el mucamo y, conmovido, dice: «Es Johann Sebastian Bach». Entonces esos rostros que estaban crispados se van suavizando y la historia se transforma ... ¡y es como si de pronto uno entendiera los misterios de Orfeo! Es el Infinito.

—*A propósito, a pesar del supuesto agnosticismo de Borges, su obra es una apelación al Infinito, y cuando se convoca al Infinito se convoca a Dios. Y en vísperas de su muerte rezaron —aunque haya sido por mandato de su abuela inglesa— el Padre Nuestro en anglosajón...*

—No es que él creyera o no. Era agnóstico. Pero también su madre le había pedido el «Padre Nuestro». Antes de su muerte le dije que sobre ciertos temas yo no podía opinar, puesto que no tenía una formación religiosa; pero le pregunté si quería un sacerdote para que conversara de esto con él. Entonces Borges me dijo: «Lo que usted quiere decir es si yo necesito un sacerdote». Le dije: «No, sólo si usted quiere conversar con él de estos temas de los que yo no puedo hablar». Entonces me contestó: «Bueno, llamemos a un protestante y a un católico, así converso con los dos». Y fue por eso que, cuando murió, se celebró una ceremonia ecuménica. Con un sacerdote católico y con otro protestante.

—*¿Qué fue lo último que él le dijo antes de morir?*

—En los días anteriores a su muerte, me contaba de los caramelos *toffie* que le compraba su abuela y charlábamos de literatura y estudiábamos árabe. Y lo último que me dijo, bueno... él habló de los dos, pero jamás diré qué: eso es mío.

—*En un artículo reciente, John Berger describe la lápida de Borges en Ginebra. ¿Por qué fue a morir a Suiza?*

—Porque él admiraba aquel país, desde donde partió hacia Buenos Aires a sus veinte años; y —según me contó— al principio trataba de hablar mal de su lugar tan amado, para «despegarse»: porque sabía que tenía que hacer su vida en Argentina. Pero después no tuvo esa necesidad porque ya tenía perspectiva.

—*¿A quién se le ocurrió el bajorrelieve de la tumba?*

—No sé, probablemente a los dos. Se trata de la descripción de un fragmento de un poema medieval, *La Batalla de Moldon*, y comienza justamente con: «Y que nada temieran... » El primer libro que Borges me regaló era sobre literatura anglosajona, y la cubierta tenía ese escrito, ese fragmento.

—*Borges fue a morir a un barrio cerca del Ródano —sigo con Berger— cuyas calles estrechas parecen pasillos que corren entre inmensas estanterías de libros, como una suerte de biblioteca...*

—Sí, y sobre todo lo eligió porque es como su testamento a la humanidad.

—¿Qué ofrendas le dejan en la «*Le Cimetière des Rois*», donde está enterrado?

—Flores, velas o alguna carta donde dicen que leyeron su obra.

—«*Yo pronuncio ahora su nombre, María Kodama. / Cuántas mañanas, cuántos mares, cuántos jardines de Oriente y del Occidente, cuánto Virgilio*», le escribió. *María, hoy, yo le pregunto, ¿cuántas mañanas, mares, jardines, ahora, sin él?*

—Todos los mares, todos los jardines. Y todo Virgilio. Toda mi vida en él. *Forever and ever... and a day.*